

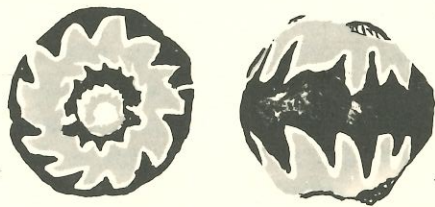
amuletos data de remota antigüedad, como ya lo noté en otro lugar (*Eusko-Folklore*, octubre de 1924).

El año 1922 ví en el «Museum für Völkerkunde» de Berlín, entre los objetos procedentes de Lounda o Lunda (al Sur del Congo [Africa]) seis cuentas de tamaño algo mayor, pero en lo restante *completamente análogas* al amuleto de Zarauz. La etiqueta correspondiente a estas cuentas decía: *Grabfiguren aus Ton-Malange. Sechs grosse alte Perlen aus Glas zu Loanda bein Graben eines Brunnens gefunden.*

En el Museo de Louvre de París existe un collar que tiene entre sus cuentas una que, tanto en la forma, como en la combinación de sus colores y líneas, es como nuestro *zingiñafi*. Dicho collar se hallaba en junio de 1924 en una vitrina en el centro de una de las salas (creo que era la 41) de *Antigüedades egipcias*.

La enorme difusión y la antigüedad de este amuleto hacen que sea difícil señalar su origen y su primitiva significación. Lo mismo podríamos decir de otros objetos usuales, de muchas creencias, costumbres, etc. Pero la dificultad, aneja a todo lo antiguo, lejos de desanimarnos, ha de estimular nuestra actividad para seguir paso a paso las vicisitudes por que han atravesado los elementos de nuestra cultura tradicional. Pues en viaje largo es más fácil sorprender en las personas y cosas que nos acompañan, muchos rasgos que tal vez pasarían desapercibidos en uno corto.

(RIEV, tomo XVIII, núm. 3, 1927)



La población rural en Alava

La aldea alavesa está formada generalmente de casas agrupadas en pequeña extensión de terreno.

Casas distribuidas caprichosamente, como los dados que se echan sobre una mesa de juego, sin norma común, respondiendo sólo a las necesidades de sus respectivos moradores. A modo de ciertos barrios de Guipúzcoa y Vizcaya.

El caso de Abecia, que puede apreciarse por la fotografía n.º 1, es típico en Alava.

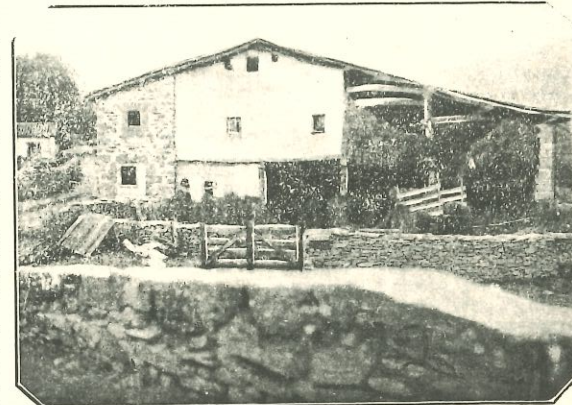
En Ayala la población rural es todavía más dispersa, se halla diseminada en caseríos.

No hay, pues, en general, edificios alineados o formando calle, salvo en la Rioja y en algunos otros pueblos, como Salvatierra, Santa Cruz de Campezo y Arceniega.

Por otra parte las poblaciones, de escaso vecindario casi siempre, se hallan poco distantes entre sí. Por lo cual el sistema de poblado alavés es considerado como caso de transición o tipo intermedio entre el vizcaíno y el riojano.

Las causas que contribuyen actualmente a que se perpetúe este sistema de distribución de viviendas y aldeas, son las mismas que las que influyen en la conservación de caseríos dispersos en Vizcaya y Guipúzcoa. Por lo tanto, es justo afirmar de aquéllas lo que en otra ocasión dije de éstos, es decir, que las «vertientes soleadas, la pro-

ximidad de los ríos y de las fuentes, los parajes susceptibles de explotación agrícola y de pastoreo condicionan y mantienen todavía esa individuali-



Fot. 2: Casa de Marcos (Abecia).

dad de la casa vasca» (1). Lo cual nos autoriza para decir que la naturaleza y el relieve de la tierra y el intento de una mayor economía de fuerzas en su explotación, contribuyeron principalmente a la formación de la casa actual, y de esas aldeas de población enrarecida en habitaciones diseminadas.

Esta dispersión o individualismo de las casas ejerce un influjo decisivo sobre la vida social de sus moradores.

Estos hacen una vida aislada, independiente. Lo cual da lugar entre ellos al predominio de las relaciones puramente familiares y de carácter privado sobre las públicas y callejeras. Por eso se han desarrollado hasta ahora en la casa rural gran parte de las formas sociales que estimulan y condicionan la conducta del individuo de aldea.

De ahí también que la familia aldeana sea una institución, en cuyo seno laboran fuerzas de gran coherencia recíproca. La inmensa mayoría de las relaciones sociales de sus individuos son puramente familiares, se han originado y desarrollado al calor del hogar y bajo la influencia de sus dominios. Por eso la vida familiar es inten-



Fot. 1: Abecia.

(1) *Anuario de Eusko-Folklore*, 1924, pág. 158, VI-toria, 1924.

sa y hállese estrechamente ligada con la casa y sus tierras.

El individuo que ha recibido su educación en una de nuestras casas rurales, tiende con especial tesón a desenvolverse en ella, a moverse a compás con el ritmo vital de la misma.

A pesar de esto, una honda transformación se nota actualmente en el agro alavés, como en el de todo el país vasco.

Por una parte, el aldeano busca el dominio pleno en su propia casa. Para conseguirlo, aprópiase nuevos terrenos, acumulando a veces las propiedades de dos o más casas en una sola. A unos terrenos se agregan otros, como al primitivo edificio se añaden nuevas dependencias y cabañas. (Véase la fotografía n.º 2).

Esta transformación ha sido facilitada por la emigración de muchas familias a centros industriales y por el desarrollo, cada vez mayor de la ganadería.

¡La desbandada de la gente del campo hacia las grandes poblaciones! He ahí uno de los fenómenos que con el mayor interés debería ser estudiado por todos los que miran por el porvenir de los pueblos rurales; fenómeno complejo, que no puede ser comprendido aisladamente sino en parangón con otros que le acompañan.

En un ensayo que publiqué el año 1925 traté de representar este fenómeno dentro del cuadro de las transformaciones sociales que se operan hoy en las aldeas del país vasco.

Decía entonces: «el nivel de existencia, la riqueza media, la industria y los medios de comunicación y de transporte van aumentando; la agricultura y la ganadería se transforman y han llegado a un grado mayor de intensidad; los consumos se han acrecentado y aun mejorado. Pero en general, hay menos apego a la vida tradicional de caserío; la labranza es considerada como ocupación menos digna, sumamente penosa, sucia y de poca retribución....»

«La instrucción primaria se halla hoy más difundida que antes en lo que se refiere a leer y escribir; pero va en disminución en lo que atañe a la religión y a la moralidad.

«Los actos menos conformes con la religión o aquellos otros que se oponen resueltamente a ella no provocan hoy protestas y reacciones tan enérgicas como antes. La indiferencia religiosa y la inmoralidad se propagan, a pesar de las predicaciones de los sacerdotes y del ejemplo y oposición resuelta de la mayoría de las familias». (1)

Tales son los hechos sintomáticos de la actual transición de la vida rural. No es fácil determinar las relaciones que los ligan entre sí; pero creemos que por ahí deben orientarse las investigaciones que traten de aclarar este problema.

(1) *Nacimiento y expansión de los fenómenos sociales*, págs. 41 y 42. Vitoria, 1925.

Por de pronto, el ambiente tradicional de la aldea se halla hoy seriamente amenazado por influjos especiales, es decir, por impulsos contrarios que le llegan de fuera constantemente.

Los medios de fácil comunicación y, sobre todo, el hecho de que gran parte de la juventud se vea precisada a ausentarse de su pueblo durante algún tiempo para servir en los cuarteles, o a trabajar en centros industriales de abigarrada población, contribuyen a esta transformación de la vida rural.

Lo cual es saludable en algunos casos.

Pero altamente perjudicial y corruptor en otros.

En el estado social presente los jóvenes de aldea se ven expuestos a influencias del ambiente irreligioso de los cuarteles y de los bajos fondos de las grandes urbes, pasando una temporada en contacto más o menos estrecho con la turba soez y tabernaria de las ciudades, y presenciando la ostentación y el boato del público adinerado. De ese público «bien» y «elegante» que hoy constituye numerosa casta afeminada, de escasa mentalidad; pero que, remolcado por el vicio, va a la vanguardia de todo género de despilfarros de energías y dinero.

Muchos, que, durante algún tiempo, han desarrollado su vida a impulsos de tales estímulos y que se han aclimatado en tal ambiente, apenas sienten ya la nostalgia de su pueblo; y si tornan a él, ansían por volver a la vida callejera, y abandonando quizá un gran porvenir en su casa y en su aldea, van a sumergir su existencia en una oscura e insana buhardilla de cuarto o quinto piso, y a entregarse como un pedazo de materia inanimada, no tanto al jornal diario cuanto a las comodidades, a los juegos, a los deleites... y también a las miserias de la ciudad.

Y otros, que, no lanzándose a dar este paso, permanecen en su pueblo, constituyéndose en elementos activos que tiñen de su color—de irreligión e inmoralidad—el ambiente.

De esta suerte la mancha irreligiosa, los bailes inmorales, la disolución de las costumbres, el ideal de la urbe moderna, con sus juegos, placeres y liviandades, van propagándose en nuestras aldeas paralelamente al abandono de lo tradicional y del apego a la casa y a las instituciones del pueblo.

No dogmatizo, ni establezco relaciones genéticas definitivas entre estos fenómenos. Sólo apunto conjeturas.

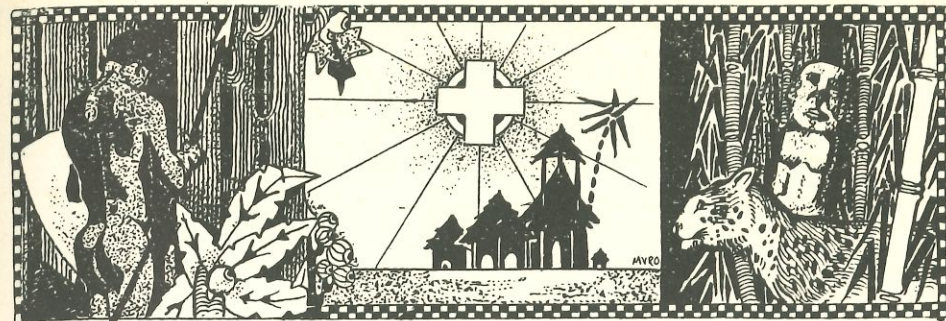
La casa rural ha sido una institución formada por el edificio, por sus tierras, por sus moradores y por la tradición, es decir, por esa urdimbre de relaciones que enlazaba estrechamente a la generación actual con las pasadas.

Hoy esa institución va desapareciendo. Cada vez es más ignorada.

¿Quién puede sentir afición hacia lo que ignora?

JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARAN.

Izarra, 15 Agosto de 1929.



De Misionología

Ciclos culturales primitivos y su cronología

El grupo de las *culturas primitivas* o *arcaicas* (1) comprende cuatro ciclos, a saber. *Cultura central*, representada por los pigmeos, tales como los negrillos del centro de Africa, los andamaneses, los semang de Malaca y los negritos de Filipinas, y por los pigmoides asiáticos, como los wedas de Ceylan, los senois de Malaca y los toalas de Celebes; *Cultura austral*, a la que pertenecen los tasmanios (ya extinguidos), los kurnais de Chepara y los foguinos de América; *Cultura ártica*, es decir, la de las poblaciones primitivas del N. E. asiático, del N. E. americano y de California; finalmente, la *Cultura de bumerang*, cuyos vestigios aparecen en los estratos antiguos de Australia, Sur de Africa, Sudán meridional, regiones del alto Nilo y en los estadios más arcaicos de las dos Américas.

En el mapa II puede apreciarse la difusión de estos cuatro ciclos culturales por el mundo.

El más antiguo de los cuatro es el de la *cultura central* o de los pigmeos. Desde luego es anterior a la *cultura austral*, con la cual concuerda en algunas cosas y discuerda en otras. Todo elemento cultural existente entre los pigmeos se halla representado en la *cultura austral*; pero no *viceversa*. Así, la circuncisión, la extracción de los dientes, perforación de la nariz o de los labios, que evidentemente son

(1) Véase ILLUMINARE, n.º 59, pág. 9. Mapa I. Cuando hablamos aquí de la cultura primitiva y del hombre primitivo, no nos referimos a los primeros hombres (que no se hallan al alcance de los procedimientos arqueológicos y etnográficos) nos referimos al hombre más antiguo que por tales procedimientos conocemos hoy.